

de Córdoba se produciría una curiosa alianza coyuntural entre los representantes del antiguo caciquismo y los de las nuevas organizaciones obreras en la lucha contra el dictador.

La segunda conclusión del libro es la profunda ruralidad de aquella sociedad con la única excepción de la capital. En todos los órdenes históricos estudiados se establece una oposición entre la ciudad y el entorno comarcal. Al final del reinado esta divergencia, progresivamente ampliada, cuajará en un incipiente macrocefalismo del territorio.

Por último, la tercera conclusión de este trabajo señala la existencia de una diversificación geográfica en función de las cuatro comarcas cordobesas. Existen sutiles diferencias que permiten hablar de dos regiones de desarrollo paralelo y divergente, situadas al norte y sur del Guadalquivir. Al norte, los Pedroches quedan sujetos a la evolución minera del Guadiato y, al sur, las Subbéticas estuvieron tan subordinadas a la Campiña que incluso fueron ignoradas como hecho geológico. A dicha división se suma la existencia de dos desarrollos demográficos

y económicos diferentes: la “sierra cordobesa” presentó una expansión preponderante hasta los años veinte y la “campiña” tomó el relevo a partir de dicha década.

En definitiva, se trata de una obra que ofrece múltiples facetas, con una amplitud enciclopédica en sus contenidos y presidida por la unidad de criterio, tanto en la metodología como en sus fuentes, que aborda con rigor y ecuanimidad el pasado cordobés. Resumiendo mucho, podemos decir que tres son sus grandes aportaciones a la historiografía. La primera, el método, probado y exportable que permite ampliar el estudio del pasado al facilitar el manejo de ingente cantidad de información. La segunda, la visión en conjunto y compartimentada a la vez de la historia de Córdoba. Y la tercera, la nueva perspectiva que ha dado a los grandes acontecimientos de la historia de Córdoba como el “trienio bolchevique”, el caciquismo o la dictadura de Primo de Rivera gracias a su trabajo sobre unas fuentes documentales hasta ahora inabarcables para el historiador.

SARA NÚÑEZ DE PRADO Y CLAVELL

Gregorio MORÁN, **El cura y los mandarines (Historia no oficial del bosque de los Letrados). Cultura y política en España, 1962-1996**, Barcelona: Ed. Akal, 2014, 832 p., ISBN: 9788446041283

Historia, historietas y caricaturas

Nadie se atreve a poner en duda la demostrada capacidad de Gregorio Morán para la polémica o para lo que otros llamarían la “Agit-Prop”, pero

no será yo quien le cuelgue este término que ha vuelto a resucitar, últimamente, con tanta fuerza. La maestría en el asunto le viene de muy lejos al autor, de cuando escribiera en 1979 y en pleno auge del suarismo la rom-

pedora, controvertida –y pionera en su género, entonces– *Adolfo Suárez: historia de una ambición*. Han pasado treinta y seis años y, desde entonces, la polémica y él forman un tándem inseparable. Este libro nace enredado en ella, en la polvareda que ha levantado su brusca ruptura con la editorial Planeta, en pleno proceso de corrección de pruebas; algo de este divorcio traumático, con maletas a la puerta y gritos, se traduce en algún apresuramiento formal y en cierto desaliño que no suelen ser, precisamente, la marca de la casa. Como se sabe, el motivo de la ruptura fue la negativa a suprimir diez páginas sobre la RAE en que se ponían en solfa los manejos por parte del poderoso grupo de Lara con el director de la Academia –García de la Concha– en torno a la lucrativa publicación del Diccionario. A este difícilísima habilidad, pues no ofende el que quiere sino el que puede, añade, a pesar de los ligeros descuidos que señalé antes y de una cierta tendencia a la reiteración que en ocasiones le puede, un consumado oficio literario de hábil columnista, pleno de hallazgos, agilidad narrativa y salpimentado con una mordacidad vitriólica. Tal combinación de oportunidad, escándalo y dominio del género explica el milagro de *El cura y los mandarines*, convertido en obligada referencia, con tirón de público y medios y todo ello en unos tiempos tan malos para la lírica y para tantas otras cosas. Por si esto de por sí no fuera ya suficiente mérito, se trata, encima, de un volumen de más

de ochocientas páginas, del género “no ficción” –mantengo mis dudas en cuanto a clasificarlo aquí– y en torno a un tema tan de especialistas y tan chirriante y áspero como supone la disección de la cultura española durante la última etapa del franquismo y su prolongación en la Transición. Aunque haya unos presuntos límites temporales –1962 y 1996–, Morán tiene a bien saltárselos por arriba y por abajo cuando le parece (im) pertinente, lo que realza aún más el descomunal ejercicio de erudición y de exhibición de conocimientos; un reto que muy pocos se atreverían a asumir y que él hace fuera del amparo de los círculos profesionales universitarios hacia los que muestra un profundo y olímpico desprecio que, para general regocijo, jamás esconde. Por lo tanto, demuestra un valor a raudales, nada del “se supone” de nuestra cartilla militar, sino “acreditado” y hasta “heroico” que es lo que se precisa para encararse con los más de trescientas personalidades citadas por él –¡treinta y tres hojas de índice onomástico!– y los dos millares largos de obras que me salen en un primer recuento apresurado y que, como parece evidente, se ha leído a conciencia. Sobre la mayoría de estos nombres –también sobre sus ascendientes, descendientes cuando los tienen y colaterales varios– vierte, libremente y con largueza, juicios, impresiones y (des) calificaciones, muchas de las cuáles no me extrañaría que le pusieran algún día delante de un juez; espero que esto no le suceda nunca pero, si

así fuera, supondría otro espaldarazo propagandístico más, sin duda. Y es que aquí se reparte cera, estopa, leña, palos a diestro y siniestro, a la burra blanca y a la burra negra, al mono que es de trapo, con un sentido de la equidad rigurosísimo, parecido al que aplicaba aquel maestro de infancia de Unamuno –otro al que también le da lo suyo– que cerraba los ojos para descargar una tormenta de palmetazos a toda la clase, del primero al último... Los pocos que se salvan del diluvio de los trompazos –Juan Ramón Jiménez, Vicente Aleixandre, Corpus Barga y Max Aub entre los predecesores, Dionisio Ridruejo, Manuel Sacristán, Aldcoa, Gil de Biedma, Rafael Sánchez Ferlosio, Santiago Amón, Valeriano Bozal... y su referente por excelencia Martín Santos– no llegan a una escasa veintena. Asistimos, por tanto, a una catarsis de las de sangre y fuego, un ajuste inmisericorde de cuentas en toda regla y con la virulencia propia de esta tierra de María Santísima y de los ingenios que en ella se crían proclives siempre a las purgas sin miramientos. Aunque él no se lo proponga intencionadamente, prosigue la tradición hispana de las invectivas literarias de capillas, por mucho que reniegue de los términos –“tradición”, “hispana” y “capillas”– y por mucho que abomine del Barroco y de la Ilustración, los dos momentos dorados de este subgénero que alcanzó en el Siglo de Oro una ferocidad sublime continuada por los pellizcos de monjas de la siguiente centuria, a la que Morán tampoco libra de sus zarpazos, salvo un poquito

a Jovellanos... ¡cosas del paisanaje! Así que ya podemos sumar este tomo a las pullas contra Ruíz de Alarcón o a las polémicas entre Góngora, Quevedo y Pérez de Montalbán y las que se echaron encima mutuamente Samaniego e Iriarte en el XVIII o, por no irse tan atrás, los epigramas castizos y demolidores de Pérez Creus y de Manuel Fernández Sanz “el pollero” poniendo a caldo a las eminencias y falsarios del mundillo literario.

La aparición de *El cura...* ha caído como una pedrada en un estanque de ranas, creando oleadas crecientes de reseñas, glosas, comentarios y “apropósitos”; basta con darse un rápido asomón por internet para constatarlo. Lo que en ellas se escucha de fondo, mayoritariamente, son voces airadas, abucheos y muestras de indignación por decirlo de una forma pacata. Protestas e intentos de ninguneo que, paradójicamente, actúan como una amplificadora caja de resonancia y le han servido en bandeja una propaganda tan eficaz como gratuita. Los que vocean a cara descubierta o a *sotto voce* que ni se nos ocurra leer al réprobo Morán logran todo lo contrario de su propósito, porque este tipo de etiquetas infamantes incrementa la difusión; no hay nada que atraiga más que lo prohibido y lo condenado canónicamente, como muy bien sabe el propio autor y debiera saberlo su coro de detractores. Un coro que engloba a los extremos ideológicos y estéticos más dispares que han encontrado –¡por fin! – un muñeco común para ejercitarse en el pin-pan-pun de la fe-

ria, aunque el contenido de las bolas arrojadas sea distinto en cada caso; la “izquierda de toda la vida” se siente arteramente traicionada por uno de los suyos y las “derechas de siempre” preguntan que qué hay de lo mío y que por qué no salen los nuestros o, si salen, por qué salen tan feos. Muchos fundamentan su condena en que el libro cojea metodológicamente desde un punto de vista histórico, lo cual es completamente cierto, pero es que ni él es historiador, ni tampoco lo pretende, sólo hay que ver el jarro de agua fría que vierte sobre los historiadores contemporaneístas españoles –salvo sobre Ángel Viñas, un economista, por cierto–. Otros cargan más la mano en la cuestión literaria y reiteran similares acusaciones de falta de método, de ausencia de rigor, de reduccionismo, de subjetivismo, etc.; tampoco parece que estos se hayan enterado que no estamos hablando de un tratado de historia de la literatura ni, mucho menos, de una tesis doctoral sino de un peculiarísimo y arbitrario canon, el canon del desencanto y del desencantado; ya lo dejó dicho Azorín –lo cual no obsta para que Morán le vapulee sin conmisericordias, ¡faltaría más!– que “En España se quiere, se pretende, que los juicios formulados en las cátedras y en las publicaciones oficiales sobre los grandes autores sean definitivos, absolutos, inmovibles [...] De atreverse un crítico a juzgar por cuenta propia, se produciría el escándalo, y los santos varones de la erudición y de la investigación se llenarán de

horror...”. Queda por mencionar a cuantos se inclinan también por hacernos cómplices de un presunto gran descubrimiento que han hecho ellos solitos sobre el libro y sus carencias y que se resume en la ausencia de originalidad de lo que se nos cuenta y de que casi todo lo que aquí sale ya resultaba conocido en mayor o menor grado y que muchas de estas perlas sobre la variopinta condición humana estaban en circulación desde hace tiempo, en páginas y en mentideros; otra obviedad rigurosamente cierta para los que “estábamos en el secreto”, como diría Pío Baroja a quien, para no variar, Morán también arrea lo suyo y, de paso, a Julio Caro, el sobrino fiel. La pregunta que me surge es que si todos estos estrictos críticos tan observantes de la paja en el ojo ajeno serán igual de exigentes cuando juzgan un ensayo firmado por ellos mismos o por los “suyos” –¡ah, cómo duele siempre la apostasía!– o si se pondrán igual de tiquismiquis al abrir una historieta o al reírse ante una buena caricatura, porque historieta y caricaturas a montones son lo que constituyen el grueso de esta obra.

El autor escoge la estructura ensayística formal entreverada con el reportaje periodístico como mero vehículo para desarrollar una historieta amena hasta decir basta, de un costumbrismo en muchas ocasiones desternillante –oscila entre “13 rúe del Percebe” de Ibáñez y “Anarquismo” de Nazario– y que recurre con frecuencia a la simplificación bufa

y exagerada que es, en definitiva, lo que sustancia a toda caricaturización. El género ensayístico en su vertiente sofista-jacarandosa lo aguanta absolutamente todo y permite libertades y licencias inasumibles en cualquier otro contexto; no hay por qué dar explicaciones exhaustivas, ni recurrir a argumentaciones basadas en documentación contrastada y en fuentes diversas de difícil hallazgo porque sólo se trata de guiar al lector a través de un sutil hilo conductor –las andanzas del simpár Aguirre– liado con mucho ingenio, eso sí, para que llegue a unas conclusiones trazadas de antemano. Por eso, Gregorio Morán puede, sin problema de conciencia alguno, reducir el amplio concepto de cultura casi exclusivamente a la literatura con unas incursiones esporádicas a la filosofía y cuatros pizcas testimoniales de música y artes plásticas; fuera se van a quedar la arquitectura, el cine y demás tonterías; si esto lo hace por una pura y necesaria especialización o porque le cuadra mucho mejor para cargar la mano, más aún, en la imagen patética del páramo vacío cultural del franquismo –el “erial”, según sus propias palabras–, sólo él lo sabe. Lo mismo sucede cuando confunde, permanente e intencionadamente, cultura “oficial” con cultura “civil”, ésa que surge –o surgía, cuando la hubo– al margen de cualquier mecanismo estatal de control y fomento y de la que él mismo es, a lo que se ve, una clara demostración de su existencia y fuerza creadora, a pesar de los pesares y de la censura. El ensayo le

autoriza, además, a sustituir la explicación causal por la esculpación sentimental sin que tengamos que rasgarnos hipócritamente las vestiduras. Resulta curioso ver a Morán usando con absoluta fruición los mismos principios que marcara con maestría Ortega y Gasset, su odiado-amadotemido tótem, su referente constante y obsesivo al que dedicó otro demoleedor libro destrozamitos en 1998 –*El maestro en el erial: Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*– y cuya inexorable sombra alargada se proyecta en éste. Como acostumbraba el filósofo madrileño, escoge, con sumo acierto, un tema del pasado que le sirva para fustigar el presente rabiosamente actual, en este caso el ínfimo panorama cultural y mediático de nuestra España de hoy que, a sus ojos, está cautivo de la banalidad más insustancial, comercializada y acrítica, sin una clase intelectual que sirva de referencia porque ha sido sustituida por un grupo de arribistas y falsarios capaz de defender siempre su rinche ya sea en el franquismo o en la Transición y sus hijuelas.

Las cinco partes que vertebran el libro son otros tantos tramos que llevan, sin solución de continuidad, desde el inicio del desarrollismo sesentero –“el descubrimiento del Mundo hacia 1962”–, pasando por los años de una explosión que culmina en los fastos de los XXV años de paz –“cuando la Paz empezó a llamarse Franco”–, continúa por su crisis final –“los años de la gallina ciega”– y termina en la perduración posfranquista –“cultura

en transición. 1974-1982” – y en su desvergonzada reconversión gatopardiana en los tiempos dominantes del PSOE regido por el tándem González-Guerra –“la inteligencia y el poder socialista” –. Él no cree que haya progreso alguno en este itinerario histórico-sentimental sino un desesperante camino circular que conduce otra vez a la casilla de partida del tablero de juego porque su hipótesis es la del mito de Sísifo; nada ha cambiado en la cultura española durante estos cuarenta años y sus líneas generales y hasta los nombres de quienes la detentan son, en muchos, casos los mismos. Lo de menos es que esto sea o no cierto y que pueda estar sujeto a matices, porque una vez establecida la hipótesis central, el mecanismo del libro se dispara para que encajen todos los componentes, aunque sea a base de martillazos y de tirar las piezas que nos sobren. Aplicando un sofisma de lo más elemental, lo que se enuncia para el ámbito cultural se extiende también al mundo político, social y económico –o viceversa, quizás–, trasladando el eterno retorno, la falta de progreso y “el todo cambia para que todo siga igual” al momento de la Transición en su conjunto, considerada como la Gran Mentira, el dominio del Maligno por excelencia. Ya dije antes que no es un libro de historia así que no voy a rebatir la falsedad absoluta del planteamiento ni de sus consecuencias; empeñarme en ello sería algo absurdo y fuera de lugar. Por mi parte, nada de contribuir al “vicio, tan español, de discutir

interminablemente sobre asuntos y cosas que no admiten discusión. No admiten discusión o bien los hechos consumados que no dejan tras de sí prueba concreta, o bien las cosas que dependen de apreciación” (Pérez de Ayala *dixit*).

Las miserias de cada quisque y las mil y una comidillas que generan las relaciones de pareja, familia y cualquier otro grupo humano de toda entidad y condición que sea igual o superior a dos miembros, no sirven para maldita la cosa, pero hay que ver cómo nos refocilan, nos divierten y nos conmueven. Seguramente que el Santander de la infancia y adolescencia de Jesús Aguirre se parecería bastante, en sus tedios y prejuicios agobiantes, a otras muchas pequeñas ciudades provincianas españolas y también de la Francia, Noruega o Suiza de aquellos años; el acierto estriba en, como hace el autor, exprimir al máximo la curiosidad natural que sentimos por la cercanía geográfica y sensible que nos une a esta recreación tan entrevisillera. En la misma línea, sabemos de sobra que Cela era un viejo verde, conocemos sus tendencias escatológicas y sus gustos sexuales al dedillo, pero –como la vieja beata del chiste– nos gusta que nos lo recuerden de vez en cuando, de hecho él mismo se encargaba de refrescarnoslo sin ningún complejo. Siempre se ríe más uno con las tacañerías, las tartuferías y los cuernos ajenos que con los defectos propios y el horror ante las desgracias personales o ante las persecuciones y la injusticia nos

parece mayor si le ponemos cara, nombre y apellidos, está claro. Por otra parte, ninguna historieta queda completa hasta que no se incluyen en ella unos cuantos hijos ilegítimos, las correspondientes madres solteras dominantes y cuarto y mitad surtido de homosexuales, rijosos y enganchados; aportan el sabor picante fundamental que, aunque acabe provocando ardor de estómago y alguna que otra basca, camufla de matute el género a punto de putrefacción y un poco pasado de fecha. Morán tiene la lección bien aprendida y la lleva a término sin contemplación alguna; convierte las anécdotas en categorías y su narración en una historieta fascinante en donde van todas ellas enganchadas del brazo y al sacar una arrastra a todas las demás como en los racimos de cerezas. La accidentada y bizarra vida de Jesús Aguirre, “el cura” que acabó siendo “el duque”, interesa, cómo no, como pieza rara que es, pero, sinceramente, ¿qué añade o qué quitan sus gracias y desgracias a la hora de enjuiciar su magra e intrascendente producción escrita? Que Lázaro Carreter hiciera de guionista vergonzante para Paco Martínez Soria y se dedicara a fabricar como churros manuales escolares de lengua y literatura –magníficos, por cierto– hasta el punto que le apodaron como “el textil”, no merma en nada su calidad de filólogo, al menos a mis ojos... Según eso, tendríamos que poner también en cuarentena a Larra, que hizo de negro en París para el petulante marqués Taylor o que le tocó arreglar infumables comedietas

francesas para ganarse unos escasos duros... Lo único que ratifica esto es lo que todos sabemos, que la escritura difícilmente da para comer salvo a los que viven de glosarla. Detrás de esta aparente frivolidad de tebeo arrevisado que incluye números de vodevil con puertas que se abren y se cierran para que salgan señoras –o efebos– en picardías, asoma la oreja un puritanismo jacobino al que escandaliza la separación entre ética personal y creación literaria y que exige al intelectual la firmeza de carácter del incorruptible Robespierre. Esta pretensión moral no deja de ser otro componente más del guión de la historieta, un gag extra que se añade a los del pobre Pepe Hierro arrimado a la sombra salvífica del *Opus Dei*, Torrente Ballester dando clase a los alevines de marinos de guerra de Marín y refugiado al calorcito de la prensa del Movimiento, los numerosos “inmortales” preocupados únicamente por cobrar sus dietas de asistencia a las reuniones de la Academia, Benet cenando con su amante en el momento en que se entera del suicidio de su mujer, Laín Entralgo –y unos cuantos millones más de Láines– dando lanzadas a moro muerto y renegando de Franco tras haberlo incensado hasta el infinito... Sordidez, debilidad, cobardía, culpas –nunca “pecados”– echados en cara una y otra vez para que absolutamente nadie dude que hay malos malísimos y buenos buenísimos separados tajantemente no por la mano de Dios –¿qué antiguo!– sino por una línea flamígera trazada por la firme mano de Mo-

rán, que concede sus credenciales de honradez e integridad a una minoría egregia ya que, digan lo que digan, muchos son los llamados y pocos los elegidos y la senda siempre se presenta estrecha y difícil.

A Gregorio Morán le resulta muy fácil caricaturizar a Jesús Aguirre y a Carlos Barral, a García Hortelano, a Tierno Galván, a los Panero, no digamos al energúmeno Fermín de Yzardiaga, a González Ruano, a Giménez Caballero, a Umbral... y paro aquí el carro de una enumeración casi interminable. Digo esto porque, en buena medida, ya se habían autocaricaturizado ellos mismos generando sus propias mixtificaciones, acompañadas de estudiadas poses y de un vestuario *ad hoc* de excesos, sotanas, trajes de última moda o casposas chalinas de saldo. En cuanto al resto, le resulta más difícil pero nunca imposible y a todos les llega su certera adscripción entomológica, aunque para ello tenga que despacharse con recursos e imágenes cogidos por los pelos: a García Pavón –¡qué fijación con el maravilloso creador de Plinio!– le reprocha el ser manchego y a Tomás Salvador el haber nacido en Palencia y trabajar de policía –como Orwell– o la inquina que le provoca la elegancia de Agustí o el reproche hacia la longevidad de algunos como muestra de una ineptitud manifiesta... De todas formas, lo injusto de sus caricaturas –en el fondo, todas las caricaturas lo son y de ahí su gracia– no anula la genialidad de su efecto que nos hace olvidar siempre lo que tienen de insultante y arbitrariamente cruel;

se le perdona al igual que se perdona la mala leche de Quevedo en “a una nariz”, la escabrosidad cuartelera de “los borbones en pelota” de los hermanos Bécquer y la zumba a costa de la cojera de Romanones en los monigotes del gran Bagaría. La caricaturización traspasa a los personajes y llega también a las instituciones, ya sean la RAE, la Universidad Menéndez Pelayo o el CSIC y, por supuesto, a los periódicos, un paño que conoce al dedillo y al que también sacude de lo lindo. Son dos las cabeceras en las que más se ceba, *El País* y el *ABC*, con alguna salpicadura a *El Mundo* y a otros ya desaparecidos; no queda dueño, director y editorialista a quien no le haga su correspondiente retrato al minuto; a los que fueron franquistas en sus años mozos por haberlo sido y a los que ejercieron de conscientes revolucionarios de clase –Paramio, Pradera, Marías hijo...– por haberlo dejado de ser y haberse vendido por un plato de lentejas y algo más, supongo, de postre. Sorprende un tanto la ausencia de zurriagazos al periódico de Godó, *La Vanguardia*, y a su cohorte, parece extraño que la estrategia permanente del rotativo barcelonés consistente en encender velas a Dios y al Diablo y que tanto juego daría para una caricatura no le haya inspirado lo más mínimo, quizás algún día nos lo aclare.

Dije casi al principio, y lo reitero ahora de nuevo, que no es propiamente un libro de historia aunque sí es un libro histórico; en realidad, una fuente documental directa formidable pero no sobre los escritores y pensa-

dores de los que se habla a base de hábiles refritos y recalentones, sino sobre el autor y sobre su tiempo, lo que le da un enorme valor que, estoy seguro, se irá acrecentando aún más en el futuro. Ya sé que es predicar en el desierto, pero yo lo pondría de lectura obligatoria en la facultad si es que esta modalidad clásica de aprendizaje sobrevive aún al plan Bolonia. Me explico: Morán descrea de muchas cosas, entre otras de las adscripciones generacionales, es más las juzga como un invento de la casta académica y pone el ejemplo de la generación del 98 inventada por Laín Entralgo —otra vez su bestia negra— que, según él, llegó a convertir en un lucrativo negocio. “Y sin embargo se mueve...” porque, lo admita o no el autor de *El cura...*, pertenece clarísimamente a una generación y este libro es una evidente prueba de su existencia, un testimonio completo de los mitos y valores del grupo al que pertenece por las similares circunstancias temporales y vitales que comparten sus miembros —¡otra vez sale Ortega a la palestra!—. Los integrantes de la generación en cuestión ya han cumplido sobradamente los sesenta y no superan los setenta y cinco los que han conseguido llegar; todos recuerdan vívidamente la celebración de los XXV años de paz y aunque digan que, culturalmente, su aportación resultó nula cuando no negativa —quizás por eso el libro le dedica casi la cuarta parte— algo debió afectarles en su adolescencia de colegio de curas; estudiaron —casi siempre Filosofía y Letras, Periodismo o Derecho— en

las desbordadas universidades del desarrollismo donde se empaparon de marxismo con un entusiasmo ahora imposible de entender; hicieron con mayor o menor entrega la oposición a la Dictadura que les cupo en suerte; pasaron su sarampión parisino, berlinés o londinense; se afiliaron al PCE de la clandestinidad y creyeron que *Triunfo*, *Ajoblanco* y *El Viejo Topo* señalarían la agenda y marcarían gustos, exposiciones, películas y novedades editoriales de por vida. Compartían también sus propios demonios familiares. El primero es que fuera de la izquierda se encuentra la nada cultural, el desierto del Tártaro, la barbarie en estado puro; el segundo es la bicha religiosa, el temor al clero y a los “catolicoides” —son sus propias palabras— con ese monstruo que echa llamas por la boca de siete cabezas y que se llama *Opus Dei*; creo que sólo Morán y sus correligionarios mantienen encendida la llama votiva frente a Florentino Pérez Embid y a Cacho Viu, sacándolos del limbo —sólo intelectual, por supuesto— en que seesteaban tan ricamente. Esta generación sufrió una profunda escisión, ya antes de 1982, pero será en esa fecha simbólica cuando se dé el adiós definitivo entre los que toman el mando, ocupan puestos, escalan posiciones y se “hacen un nombre” y los que se van a quedar en el mismo sitio de siempre con dos palmos de narices y la creciente sensación de haber sido traicionados de alguna manera por los anteriores compañeros de fatigas. El pasmo les llevaría al ensimismamiento, al pesimismo y

—no es éste el caso, afortunadamente— hasta un nihilismo destructor y autodestructivo. El resentimiento y la insatisfacción fueron en aumento, máxime al ver como hasta los más negados de los antiguos camaradas acabaron jubilándose de catedráticos y participando como tertulianos, los medianos trepaban bien alto en la nueva cucaña y de los que llegaron a alcaldes a ninguno se le ocurrió poner una calle a Althusser o a Gramsci aunque fuera en un polígono industrial; en cuanto a los más radicales de antaño se les veía convertirse en adornos de salón aristocrático y formando en las colas de besamanos, revueltos en amor y compañía con los deplorables “enemigos de clase”. Parece que en su día no se trabajó lo suficiente la capacidad de afrontar la frustración en los seminarios formativos de célula porque ha supuesto un mazazo de dimensiones descomunales. Un *shock* que generó un patológico hipercriticismo cuyo síntoma principal es la búsqueda compulsiva de detalles accesorios imperfectos para poner en duda el resultado final; tal y como hacían algunos de mi pueblo, que cuando visitaban El Escorial un domingo se fijaban únicamente en los desconchones de los pasillos. Ya puede decir el

resto del mundo que la Transición es un hecho modélico y una de las mayores aportaciones políticas que, junto al liberalismo, ha hecho España en los dos últimos siglos, que les da igual; ya puede Cela ganar el Nobel, que los arquitectos españoles de los años 60 en adelante figuren a la cabeza de la vanguardia profesional o que algunas de las mejores películas de la historia del cine las dirigieran Berlanga, Wajda... es lo mismo, la realidad nunca tiene por qué estropear ni los sueños, ni las pesadillas, ni la ilusión de que algún día llegarán los soñados intelectuales que tanto necesitamos para que nos sacudan el muermo paralizador que nos ha caído encima. Por eso, el canon literario que nos propone el libro es mucho más que una lista de favoritos y “putrefactos”, es toda una declaración de principios y una toma de postura de una generación tendente a una paralizante melancolía causada porque su momento pasó sin que nos trajesen el paraíso soñado, aunque algunos de sus integrantes creen que ahora sí que sí se roza la parusía anhelada con los mismos dedos que pasaron tantas y tantas páginas innecesarias y mediocres.

LUIS ARIAS GONZÁLEZ

Raúl C. CANCIO FERNÁNDEZ, **España y la guerra civil americana o la globalización del contrarrevolucionismo**, prólogo de Jordi Canal, Alcalá de Henares: Instituto Franklin-Servicio de Publicaciones de la UAH, 2015, 322 p., ISBN: 9788416133505

El presente estudio intenta coger el guante de aquellos historiadores de la contrarrevolución que, desde hace tiempo, intentan analizar, en compa-